

TRADUCCIONES Y PARÁFRASIS
EN LA LITERATURA MEXICANA DE LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA

(NOTAS ADICIONALES)

•
POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

México, 27 de octubre de 1913.

Sr. Lic. D. Genaro García.

Ciudad.

Distinguido amigo:

Recibí su atenta carta del día 22, en la que se sirve comunicarme un párrafo de otra dirigida a usted por el patriarca de los historiadores mexicanos, el Dr. D. Agustín Rivera; párrafo relativo a mi trabajo sobre *Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de independencia*, y cuyas principales afirmaciones son en substancia éstas:

No consta que algún mexicano en la Nueva España supiese el idioma inglés.—El jesuíta mexicano Agustín Castro hizo sus traducciones de autores ingleses en Italia, según su biógrafo Arrillaga, y el Dr. Rivera supone que no las hizo directamente, sino a través del francés.

Como el propósito de mi trabajo fué señalar principalmente las traducciones de poetas clásicos durante la época de independencia, sólo como complemento añadí datos relativos a las versiones de obras escritas en idiomas modernos, y no indagué, en el caso del P. Castro, si sus versiones eran directas. Ahora puedo asegurar que el Dr. Rivera acertó en sus suposiciones: el jesuíta Juan Luis Maneiro, compañero de Castro, afirma que éste hizo a través de otros idiomas, que no los originales, sus versiones de poetas alemanes e ingleses (Milton, Young, Pope, el *Ossian* de Macpherson, Gessner): «Germanos, autem, et Britanos, quorum omnino sermonem nesciebat, ab aliis versionibus hispane reddebat». (*De Vitis aliquot Mexicanorum*, Bolonia, 1791). El P. Castro tradujo y anotó otra obra de autor inglés, pero escrita en latín: el *De augmentis scientiarum*, de Bacon.

Pero si el Dr. Rivera acertó en este punto, no estoy seguro de que acertara también al creer que no hubiese en los tiempos coloniales mexicanos que supieran el inglés. Por una parte, en el siglo XVIII tuvo Inglaterra comisionados en Veracruz, con el encargo de cuidar los intereses comerciales de su nación relacionados con los privilegios que ésta adquirió por el tratado de Utrecht; y luego, no obstante el aislamiento de la colonia (burlado por el contrabando), la proximidad de los Estados Unidos no podía dejar de influir. Recuerdo dos hechos: la presencia de insurgentes en territorio de los Estados Unidos durante la guerra de independencia (así, D. José Manuel de Herrera y el Dr. Mier), y la curiosa circunstancia de que en *La Quijotita y su prima* Fernández de Lizardi haga figurar un norteamericano.

Entre los mexicanos que estuvieron en Inglaterra, ya a principios del siglo XIX, recuerdo al ya mencionado Dr. Mier (de quien no sé si llegaría a dominar el idioma) y a D. Miguel de Lardizábal y Uribe: bien que este último, que abandonó su país desde muy joven, pertenecía por entero a la política española.

Lamento que mis excesivas ocupaciones de estos días no me permitan dedicarme a buscar nuevos datos sobre este asunto. Pero, limitándome a los que recuerdo, indicaré que las obras literarias inglesas no eran desconocidas en México. Es verdad que durante el siglo XVIII fué grande la influencia de la cultura inglesa en Francia, y por medio del francés podían ser conocidas muchas producciones de Inglaterra. Así, el P. Gamaarra exponía las doctrinas de Locke; los naturalistas y médicos, como Mociño, Montaña y otros, conocían la ciencia inglesa; el P. Manuel María Gorriño y Arduengo (*Román Leñoguri*) tradujo las dos primeras partes de la antaño famosa obra de James Hervey, *Meditaciones y contemplaciones*, bajo los títulos de *Los sepulcros* (Ontiveros, 1802) y *Los paseos* (*Diario de México*, 1808): de una de estas versiones existe el manuscrito en la librería de Robredo.

Por último, el distinguido jurisconsulto y fundador (con Bustamante) del primer *Diario de México*, D. Jacobo de Villaurrutia, a quien se cuenta generalmente entre los mexicanos, aunque nació en mi país, Santo Domingo, tradujo una novela con el título de *Memorias para la historia de la virtud* (Alcalá, 1792). En 1910 no conocía yo esta obra, pues no la hallé en las bibliotecas que pude registrar, y sólo sabía de ella por el dato de Beristáin: al indicarla en la *Antología del Centenario* (volumen II, página 1013), avancé la hipótesis de que fuera traducción de la célebre obra de Richardson, *Pamela o la virtud recompensada*. En 1911 tropecé con la obra de Villaurrutia en el Mercado del Volador: hallé un ejemplar completo, en cuatro volúmenes, y uno trunco, en tres, que adquirí

para D. Luis González Obregón, quien tampoco había llegado a ver la obra.

No es traducción de la *Pamela*, sino de una de tantas imitaciones de Richardson, a quien está dedicada; no está en forma epistolar, sino de diario, y sus proporciones no son tan desmesuradas como las que daba a sus novelas el insigne autor de *Clarisa*. El anónimo novelista es notoriamente inglés. No he logrado averiguar quién fuese; las novelas de autores secundarios del siglo XVIII son ya muy raras, y ningún historiador de la literatura inglesa habla de alguna cuyos pormenores concuerden con los de estas *Memorias para la historia de la virtud*. Acaso dé luz sobre el asunto el tomo X, próximo a salir, de la monumental *Historia de la literatura inglesa* de la Universidad de Cambridge; tomo en que se tratará de la novela del siglo XVIII.

¿Se tradujo directamente del inglés la obra? También es cosa que sólo podrá averiguarse, cotejando la versión con su original, cuando se sepa cuál es éste.

Soy de usted, como siempre, amigo y S. S.

PEDRO HENRÍQUEZ-UREÑA.

